

EL PERONISMO DE LA DERROTA Y LAS TRANSFORMACIONES. LAS CONSECUENCIAS DEL PROCESO Y LA CRISIS DEL JUSTICIALISMO EN LA TRANSICIÓN ARGENTINA (1983-1989)

Joaquín Baeza Belda

Universidad de Salamanca, Spain. E-mail: baeza@usal.es

Recibido: 17 Abril 2008 / Revisado: 21 Mayo 2008 / Aceptado: 26 Mayo 2008 / Publicación Online: 15 Junio 2008

Resumen: Las elecciones de octubre de 1983 marcan para Argentina el comienzo de un nuevo periodo democrático y el fin de una dictadura iniciada siete años antes. Sin embargo, a pesar de la profunda ruptura que supuso este cambio, también fueron evidentes algunas continuidades y herencias que afectaron al desarrollo de los primeros años de la democracia. Concretamente, esos envenenados legados del Proceso se hicieron visibles en el seno del peronismo y tuvieron mucho que ver en la convulsa etapa de cambios en el partido durante esos primeros años de la transición.

Palabras Clave: Argentina, democracia, peronismo, transición.

El 30 de agosto de 1983, tras las elecciones que darían la victoria al candidato de la UCR, Raúl Alfonsín, se ponía fin a la más dura experiencia dictatorial sufrida en Argentina y daba comienzo la etapa democrática que llega hasta hoy. Desde un punto de vista institucional, con la celebración de dichos comicios quedaba clausurada la etapa de transición a la democracia¹. Sin embargo, desde una perspectiva más amplia y realista, la frontera entre dictadura y democracia no puede definirse de una forma tan tajante y automática. Es obvio que democracia y autoritarismo son conceptos antitéticos, pero el proceso de paso entre uno y otro estadio no tiene las barreras nítidas y claras que se reflejan en ciertos estudios. La democracia argentina, como se observa en los primeros discursos de Alfonsín, construyó su imagen a partir de un negativo de la dictadura, pero debió también asumir como propios parte de sus cargos y responsabilidades². En ese sentido, muchos de los problemas y de

las consecuencias del llamado Proceso de Reorganización Nacional continuaron afectando a medio e incluso largo plazo. Estas herencias de la dictadura afectaron y fueron visibles en muchos y diferentes aspectos de la vida de la nueva democracia: entre ellos, la trayectoria que siguieron los partidos políticos y en especial el peronismo, que durante los años 80 vivirá un turbulento periodo de crisis. Los cambios que experimentará el justicialismo en esta época (desde algo que se podría definir como ortodoxia sindical al neoliberalismo de Menem, pasando por una Renovación de reminiscencias socialdemócratas) fueron producto de una serie de factores históricos y coyunturales, pero, como queremos explicar aquí, las consecuencias de la dictadura tuvieron un importancia clave a la hora de tejer el contexto donde se desarrollarían dichos cambios³.

Para entender estos procesos, puede resultar interesante partir desde una perspectiva temporal más amplia. En esencia, la historia reciente argentina, la de sus últimos 50 años, se ha construido principalmente a partir de dos tramas: las distintas transformaciones que ha sufrido el peronismo y la inestabilidad política marcada por los continuos golpes de estado e intervenciones militares.

Ambos procesos han distado de ser autónomos e independientes y están en gran parte relacionados y conectados: por una parte, el peronismo debió amoldarse y cambiar de acuerdo con las particularidades de cada coyuntura y cada régimen y, por otra, la mayoría de estas intervenciones militares tenían como objetivo poner punto final al problema del peronismo⁴.

La última dictadura militar (1976-1983) no escapó a estas características, pues basaba su legitimidad al presentarse como la solución al caos producido por la subversión (concepto abstracto que engloba a las organizaciones armadas —especialmente las peronistas— y a cualquier forma de protesta colectiva) y el gobierno de Isabel Perón; pero introdujo nuevas lógicas y objetivos que la llevaron mucho más allá de lo que habían aspirado los anteriores gobiernos autoritarios.

A diferencia de la mayoría de los anteriores golpes, cuyo fin era echar abajo un gobierno para sustituirlo rápidamente por uno nuevo de carácter también civil⁵, el Proceso traía consigo un plan de un orden nuevo, una nueva sociedad, un nuevo sistema económico y político, en el que ya no tendrían cabida los denostados y caducos partidos tradicionales, el justicialismo y el radicalismo, acusados unos, de populismo y otros, de cómplices de ese desorden⁶.

Sin embargo, a pesar de la represión, a pesar de los serios intentos por parte de las autoridades militares de crear nuevas formaciones políticas que, como el MON, recogieran la herencia del Proceso, tanto UCR como el PJ sobrevivieron a la tormenta de la dictadura. Hibernando y amoldándose a la situación durante los años más crudos de la dictadura (que, más o menos, coinciden con los años de Videla en la presidencia), los partidos vuelven a la escena pública a partir de 1981, cuando se vislumbraron las primeras grietas entre los miembros de las cúpulas militares, con la formación de la Multipartidaria⁷.

Quizá tal supervivencia (recordemos también que en un proceso tan incierto como una transición a la democracia los políticos podrían haberse vinculado en nuevas agrupaciones) se deba rastrear, como sugiere César Tcach, en el fuerte arraigo que ambos partidos tenían en la cultura política popular y en la memoria colectiva argentina: uno como símbolo de la lucha por la democracia política, los derechos civiles y la lucha contra el fraude, el otro de la justicia social y de la extensión de la ciudadanía a los más pobres.

Pero el coste de tal supervivencia no sería gratuito para el peronismo, en modo alguno: la dictadura supuso un golpe brutal sobre el ecosistema para el que se había asentado el justicialismo, que se enfrentaría en los próximos años, citando el famoso título de Halperín

Donghi⁸, a la larga agonía de la Argentina peronista.

Como veremos a continuación, si bien estos golpes no fueron correctamente interpretados (no al menos en su real y grave dimensión) por la cúpula peronista que se presentó a las elecciones de 1983, pronto se haría visible una profunda crisis en el seno del partido⁹. Y, si por crisis entendemos un periodo de autojuicio, de examen introspectivo, ésta (que se podría delimitar en términos generales entre 1983 y 1989) demostró que existían sensibilidades incluso contradictorias dentro del peronismo¹⁰. Sin embargo, el peronismo de los años 80 ha sido poco estudiado en comparación con la cantidad de trabajos existentes para lo sucedido en los años 70 y los 90, quizás por la espectacularidad y virulencia del enfrentamiento intraperonista en el primer periodo y por el sorprendente giro dado por Menem. O quizás porque esa década estuvo marcada por la centralidad de la actuación de Alfonsín y otros temas como el juicio a la Juntas y la cuestión militar y la crisis económica y el pago de la deuda externa. Sin embargo, los años 80 esconden varias de las claves para entender esos procesos anteriores y posteriores: en apenas seis años, como ya apuntamos, el justicialismo pasó por una serie de metamorfosis que lo llevaron desde un partido-movimiento dirigido por las cúpulas sindicales a un intento de renovación partida hacia una mayor democratización y finalmente al neoliberalismo menemista. No fueron, por tanto, cambios menores y que pueden ser entendidos de forma intuitiva.

Steven Levitsky, en una obra imprescindible para el estudio de este periodo¹¹, ha explicado estos cambios atendiendo al bajo grado de institucionalización partidaria del peronismo¹².

Es éste un aspecto sin duda clave y fundamental para entender cómo fueron posibles dichas transformaciones tan grandes, pero que no es concluyente a la hora de despejar por qué el peronismo caminó hacia una dirección y no hacia otra.

Desde nuestra perspectiva, ya lo apuntamos, a parte de otros muchos factores, esos drásticos cambios, que desde el exterior dan la impresión de incoherentes bandazos, tuvieron mucho que ver con las consecuencias todavía abiertas de la pasada dictadura en el contexto de transición (entendiendo a ésta en un sentido más lato que el del retorno electoral) en el que se enmarca.

Para entender mejor este turbulento momento en el peronismo, podríamos dividirlo en tres grandes coyunturas, en las que de uno u otro modo las consecuencias del periodo dictatorial están presentes. La primera abarca entre 1983 y 1985, la segunda entre 1985 y 1988 y supone el apogeo de la llamada Renovación Peronista, mientras que la tercera y última supone la fulgurante aparición de Menem. En los próximos párrafos recorreremos más pormenorizadamente dicho camino.

El peronismo que presenta su candidatura a las elecciones de octubre de 1983 es un peronismo contradictorio: a pesar de ser el partido más golpeado por la represión dictatorial, es que el que ofrece una imagen de mayor compromiso con los militares, hasta el punto de hacer plausible para gran parte de la sociedad el pacto militar-sindical denunciado por Alfonsín¹³. Pero, sobre todo, es un peronismo anquilosado en un pasado anterior a 1976, que distaba mucho de la situación real de 1983: a diferencia de la UCR, que vivió en esos años una fuerte actividad de discusión y replanteamientos internos, el peronismo se presentó en octubre de 1983 como si nada hubiera sucedido en los años previos, dirigido por una cúpula sindical en la que sonaban fuerte los nombres de Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias¹⁴.

Sin embargo, la Argentina de 1983 había cambiado y mucho respecto a la de diez años antes, en una dirección que no podía ser más perjudicial para el contexto en el que se había desarrollado hasta entonces el justicialismo. La sociedad que emergía en los primeros años de la transición tenía poco que ver con la de una década atrás, golpeada por una represión que no se dirigió exclusivamente (ni mucho menos) contra las organizaciones armadas, sino que se cebó con cualquier atisbo de militancia o protesta social; y golpeada también por unos planes económicos que trastocaron el equilibrio de redistribución de la renta (cuyas directrices se habían mantenido en líneas generales desde Perón¹⁵) y que dismantelaron gran parte del tejido industrial del país.

En palabras de Levitsky; “los cambios en la estructura social de la Argentina deterioraron la base del apoyo del PJ, conformada por la clase trabajadora industrial: debilitaron los sindicatos que tradicionalmente ligaban al partido con sus bases de apoyo urbanas y crearon un nuevo grupo de votantes, cuyo vínculo con la organización y la subcultura peronista era más

débil”¹⁶. En segundo lugar, “la crisis de la deuda y el colapso del modelo económico orientado hacia el mercado interno alteraron de manera fundamental los parámetros de la política nacional y limitaron la viabilidad del programa peronista tradicional”¹⁷.

Tras la dictadura habían cambiado también los equilibrios internos en el seno del peronismo. Si a principios de los 70 éste era un magma conformado por los sectores juveniles de la izquierda peronista, el grupo afín a López Rega e Isabel Perón, la llamada burocracia sindical y los grupos políticos, en los 80, únicamente los dos últimos sectores sobrevivían con la fuerza suficiente como para dirigir el partido¹⁸. Ciertamente que las propias luchas intestinas en el interior del peronismo durante el gobierno 73-76 habían hecho gran parte del trabajo de eliminación (recordemos la represión a la izquierda a partir de los hechos de Ezeiza en junio del 73¹⁹ o la defenestración de Rega tras el Rodrigazo²⁰, a mediados del 75), pero la dictadura supuso el golpe definitivo a estos grupos.

El peronismo debía enfrentarse, en tercer lugar, a la situación de una vida sin Perón. No era una cuestión menor: si para cualquier formación política perder a su máximo referente es siempre traumático, en el caso del justicialismo (un partido eminentemente personalista) era todavía más preocupante, pues su doctrina oficial se derivaba, sin discusión, de la palabra (siempre cambiante, a veces contradictoria consigo misma) del General.

La legitimidad de los distintos cuadros y tendencias del justicialismo derivaba en última instancia de la voluntad de Perón, quien basculaba sus apoyos dependiendo de la situación táctica. Después de su muerte en 1974, la dictadura había supuesto un paréntesis a una pregunta fundamental e irresuelta: ¿quién era el legítimo interpretador y continuador de la doctrina peronista? ¿lo sería su aparato sindical o sus militantes de base? En un movimiento tan heterogéneo como era el justicialista, cualquiera podía reivindicar ser el portador de la legitimidad y el liderazgo peronista.

Como lo expresaba Feinmann, mientras estos hechos ocurrían: “Con la muerte de su líder, al peronismo se le plantea la necesidad ineludible de explicitar claramente un proyecto ideológico, pues sin ese marco referencial se cae en una crisis de identidad que posibilita que sectores y personajes de muy distinto signo se den el lujo

de decir que son peronistas y hasta tengan a mano una justificación doctrinaria de su opción justicialista²¹.

Insensible a estos cambios, el peronismo, al contrario que Alfonsín, no prestó atención al clivaje principal sobre el que se construía el discurso político argentino del momento: el marcado por la dicotomía democracia/autoritarismo y derechos humanos/represión. Evitando una dura condena del pasado reciente y exhibiendo candidatos y figuras que, como Herminio Iglesias (ya es famosa su imagen quemando un ataúd que simbolizaba a la UCR en el acto que cerraba la campaña electoral) “reiteraban –citando a Cavarozzi- tácticas violentas, amenazas y prácticas no democráticas²²”, el peronismo aparecía ante la sociedad como una repetición acrítica del pasado, como un retorno del periodo de caos que había precedido al golpe²³.

La miopía la cúpula del justicialismo respecto a los cambios fue una de las causas de un hecho sorprendentemente inédito en Argentina: el 30 de octubre de 1983, por primera vez, el peronismo, tras haber conseguido más de un 60% de los votos diez años antes, era derrotado en unas elecciones libres.

La derrota electoral sumió al peronismo en una profunda crisis de identidad, creando fuertes tensiones entre los distintos y heterogéneos grupos que conformaban el barco justicialista. En ese contexto, a partir de diciembre de 1984, se va conformando un nuevo agrupamiento conocido como la Renovación Peronista, que nucleaba a quienes (como Cafiero, Grosso, De la Sota) se enfrentaban a esa cúpula ortodoxa y antidemocrática que consideraban como la causa principal de la derrota electoral²⁴.

En su lógica, si la sociedad había reclamado explícitamente su apoyo por la democracia y reclamaba una mayor condena del pasado autoritario, el peronismo debía ser coherente con ello y aplicar al seno de su movimiento dichas convicciones. En ese sentido, como señala Escher, sus reivindicaciones pasaban por: “1) establecimiento del voto directo para la elección de autoridades partidarias y de candidatos generales, 2) la renuncia del actual Consejo Nacional y 3) la convocatoria a elecciones para la designación de autoridades internas²⁵”. Tras varios conflictivos congresos (Teatro Odeón diciembre 84, Río Hondo febrero 85 y La Pampa julio 85) y sobre todo, tras las elecciones

legislativas de 1985 (en las que el peronismo cayó derrotado ante los radicales, pero en las que los renovadores avanzaron enormemente sobre las candidaturas ortodoxas), la Renovación se hizo con las riendas del peronismo.

Los planteamientos renovadores alcanzaron su cenit en las elecciones legislativas celebradas en 1987, que marcaron asimismo el punto de inicio del declive del presidente Alfonsín, quien iba perdiendo la iniciativa política, acosado por la crisis económica y desgastado por la crisis militar desatada por los carapintadas. Bajo su liderazgo, el justicialismo adoptó posiciones cercanas a la socialdemocracia (bastante progresistas, como la oposición a las leyes de punto final y obediencia debida o las críticas a los planes de estabilización alfonsinistas), se rebajó el papel de los sindicatos y el partido se democratizó internamente.

Pero su reinado duró realmente poco, sorprendentemente poco para la esperanzas que se despertaban con dicho movimiento: en apenas un año, en julio de 1988, Carlos Menem, que pese a sus primeros acercamientos a los renovadores, nucleó a los sectores más tradicionales, ganó las elecciones internas del partido a Antonio Cafiero, una de las más reconocidas figuras de la Renovación, a pesar de que éste controlaba la maquinaria partidaria en la mayoría de los distritos²⁶. Tras esta derrota, que más tarde se confirmaría con la victoria en las elecciones presidenciales de Menem, se enterraba casi definitivamente el proyecto renovador, sustituido en los 90 por un modelo de partido clientelista, afín al neoliberalismo y poco dado a la democracia interna.

Explicar esa fugacidad de la Renovación llevaría a preguntarse por las incoherencias de su discurso, sus límites o por su carácter de agrupación que englobaba caracteres no del todo compatibles (de hecho, el propio Menem era también un hijo de la renovación). Pero, como hemos dicho, también supone acudir a esas consecuencias de la dictadura todavía abiertas (a esos desajustes económicos, a ese problema de cómo juzgar la actuación de los militares), que como bombas de relojería supieron explotar en tiempos de la democracia.

En ese sentido, la Argentina de 1988 presenta un contexto muy diferente al esperanzador, optimista y vital de 1983. 1987 fue quizás la bisagra entre esas dos épocas: en ese año era ya

patente la crisis económica que iba carcomiendo a un gobierno voluntarista, pero errático e incapaz de encontrar respuestas válidas. Pero seguramente el golpe más duro lo constituyó el desafío carapintada, al cual el gobierno respondió con la ley de Obediencia Debida, dando marcha atrás en el tema de los derechos humanos e intentando cerrar el debate sobre el pasado²⁷.

Poco a poco la sociedad se iba desencantando, mientras se daba cuenta de que los partidos políticos, a los que había depositado toda su confianza, no lograban resolver los problemas más acuciantes que exigía la transición: habían claudicado a las presiones carapintadas y veían ahora cómo no lograban atajar una inflación que iba siendo cada vez más grande hasta llegar al estallido de 1989.

En ese cambiante contexto, como señala Cavarozzi: “el gobernador riojano [Menem] fue el primer político en darse cuenta de que el retorno a partir de 1987 a la alta inflación al consiguiente deterioro de la situación económica alimentaba una dramática caída del prestigio de los partidos políticos en el marco de una concomitante pérdida de credibilidad de la política en general”. Al igual que Alfonsín, Antonio Cafiero pertenecía también a esa clase política que poco a poco quedaba desprestigiada, llevándose en su naufragio la experiencia renovadora.

Menem, en cambio, logró situarse por fuera de los juegos partidarios, por fuera, de hecho, de la propia política, presentándose como el salvador de una nación a la deriva: su lema de campaña, ¡Siganme!, no dejaba de tener ecos religiosos y remitía a ese pedido de adscripción a su causa sin crítica ni cuestionamientos.

No deja de ser curioso que las soluciones que proponía para encauzar la crisis tenían en gran parte su origen en el Proceso y supusieron una gran continuidad con sus dictados: abominación de la política y de los políticos, vistos como charlatanes incompetentes que no se ocupan de los verdaderos problemas de la población, medidas económicas neoliberales y de ajuste brutal e indulto a los militares y cierre del debate acerca del pasado.

Habían pasado seis años desde que se instituyera la democracia, pero muchas ideas, objetivos, proyectos y consecuencias del Proceso seguían latentes y con una influencia directa en el

devenir de la Argentina, como el propio peronismo pudo experimentar en sus crisis.

NOTAS

¹ Ésta sería una posición clásica dentro de la transitología. Para el caso español, autores como Manuel Redero sostienen que la transición propiamente dicha termina en 1978, con la aprobación de la Constitución, cuando quedaron fijadas las reglas básicas del juego político. Vid. Redero, Manuel, *Transición a la democracia y poder político en la España postfranquista (1975-1978)*. Salamanca, Cervantes, 1993.

² Como señala Luis Alberto Romero: “La imagen de la última dictadura militar –el Proceso, para decirlo con su nombre más familiar– ha signado durante mucho tiempo la democracia constituida desde 1983. Su sombra, un cono de oscuridad proyectado sobre el pasado reciente, determinó tanto los negros como los blancos de una historia que fue idealmente imaginada en términos contrastados y antitéticos”. Romero, Luis Alberto, “La democracia y la sombra del Proceso”, en Hugo Quiroga; César Tcach, César (comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario, Homo Sapiens, 2006, 15.

³ Por supuesto, no hay que caer en el extremo de situar en la dictadura todos los males que se han sufrido a partir de 1983. Así lo expresa Sidicaro: “Sería un error plantear que todo lo sucedido después de la dictadura procesista en las esferas de las relaciones políticas argentinas fue una consecuencia de sus acciones. Las modificaciones introducidas entre 1976 y 1983 en las pautas de reproducción del desarrollo político nacional se combinaron con otras de otro origen y es difícil deslindar con claridad cuáles fueron las participaciones respectivas”. Sidicaro, Ricardo, “Sobre algunas consecuencias políticas de la dictadura militar 1976-83”, en Hugo Quiroga; César Tcach (comps.), *Argentina...*, op.cit., 32.

⁴ Esto sucedió claramente en el golpe de 1955, que derrocó a Perón, y en el de 1966; más sutilmente en los de 1958 y 1962, donde se trataba de impedir una hipotética legalización del justicialismo.

⁵ La excepción sería la llamada Revolución Argentina de 1966, el antecedente más directo de la dictadura comenzada en 1976. Con Onganía empieza a asentarse la idea de necesidad de un gobierno militar duradero para realizar las importantes reformas que necesitaba el país.

⁶ Como bien apuntan Tcach y Servetto, la verdadera razón para el golpe no se encontraba ya en la represión de unas guerrillas prácticamente diezmadas a la altura de 1976, sino en dos grandes argumentos: “1) la necesidad de terminar con una determinada matriz de desarrollo económico definida en términos de Estado-céntrica; 2) la necesidad de eliminar los comportamientos asociados a dicha regulación estatal (movilización y politización de los actores). Tcach, César y Servetto, Alicia, “En el nombre de la Patria,

el Honor y los Santos Evangelios: las dictaduras militares en Argentina y Uruguay” en Rey Tristán, Eduardo (dir.), *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina. Golpes, dictaduras, exilios (1973-2006)*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2007, 98.

⁷ La Multipartidaria queda formalmente constituida en julio de 1981, si bien los contactos entre los principales partidos se habían ido desarrollando desde tiempo antes. En realidad, su oposición a los militares nunca fue de carácter frontal, concibiéndose más como un aparato de negociación que de enfrentamiento. Señala Pucciarelli en relación a su postura sobre los derechos humanos: “Trataron de construir un espacio propio, intermedio: rechazaron con firmeza tanto las decisiones gubernamentales destinadas a garantizar la impunidad militar, como los variados intentos posteriores de incluir cláusulas de “no revisión” durante el desarrollo de la transición electoral; pero se manifestaron con injustificada ambigüedad en el momento de caracterizar lo sucedido y definir las medidas a tomar antes y después de la institucionalización del país”. Pucciarelli, Alfredo, “Declinación política y degradación institucional de la joven democracia. La cuestión militar durante la primera etapa de la presidencia de Raúl Alfonsín” en Waldo Ansaldi (dir.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. Buenos Aires, FCE, 2007, p.243

⁸ Halperín Donghi, Tulio, *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires, Ariel, 1994

⁹ Como señala Escher: “Durante la transición democrática el peronismo reaparecía en la escena política atravesado por una crisis que afectaba el plano organizativo e ideológico de esa organización”. Vid. Escher, Federico, “La imposibilidad hegemónica: la Revista Unidos frente a la interna peronista durante la transición democrática en la Argentina (1983-1985)” [artículo en línea] Disponible desde Internet en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/EJES/Eje%205%20Politica%20Ideologia%20Discurso/Ponencias/ESCHER%20Federico.pdf>.

¹⁰ Así atacaba, por ejemplo, Dante Gullo, antiguo dirigente de la Juventud Peronista, a algunos de sus compañeros en el barco peronista: “Ninguna renovación ni transformación será posible si no parte de la imperiosa necesidad de sacudirnos ese lastre que significa cargar con hombres irrepresentativos y repudiados por las bases, que en algunos casos sostienen proyectos abiertamente emparentados con los enemigos del pueblo argentino”. Gullo, Dante, “Crisis y transformación”. *Unidos*, 6 (agosto 1985), 65.

¹¹ Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1989*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹² Según Levitsky, el justicialismo es un partido poco rutinizado, es decir, con una ideología y unas normas internas muy flexibles y ambiguas, lo cual ayuda a

facilitar los cambios y a observarlos como algo natural. Este autor define débil rutinización así: “Hablamos de rutinización débil cuando las normas y procedimientos (tanto formales como informales) son fluidos, cuestionados y habitualmente soslayados o ignorados”. *Ibid.*, 20.

¹³ Según Alfonsín: “El peronismo olvidaría lo que los militares llamaban los “excesos” cometidos durante la represión y no revisaría ni éstos ni otros actos ilícitos cometidos durante la dictadura militar. Dejar de lado la revisión del pasado reciente incluía no investigar el tema de los desaparecidos, que según estimaciones alcanzarían hasta 30.000 personas”. Recogido en Gaggero, Horacio; Iriarte, Alicia y Roitberg, Humberto, *Argentina, 15 años después. De la transición a la democracia al menemismo (1982-1997)*. Buenos Aires, UBA, 1997, 20.

¹⁴ Añaden Gaggero, Iriarte y Roitberg: “Finalmente, la candidatura presidencial recayó en el Dr. Italo Luder, un jurista prestigioso quien, sin embargo, no logró disipar la desconfianza que el peronismo despertaba en algunos sectores de la sociedad. Desconfianza que se alimentaba además por el hecho de que, en su seno convivían algunos caudillos de trayectoria poco clara –como Herminio Iglesias (...)-, y por la decisión de encarar la campaña al viejo estilo, convocando a “liberación o dependencia”. *Ibid.*, 18.

¹⁵ Ciertamente es también que para comprender estos cambios se debe tener en cuenta el contexto internacional, marcado por la grave crisis del petróleo.

¹⁶ Levitsky, Steven, *La transformación...*, op.cit., 123.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Como lo expresa Cavarozzi: “En los años que siguieron al fallecimiento del viejo líder, la debacle del gobierno de María Estela Martínez, la represión ilegal y el congelamiento de las actividades políticas efectivamente impuesta por los militares confluyeron para hacer desaparecer a varios de los actores que habían integrado el heterogéneo universo del peronismo cuando su conductor retornó al país: la izquierda peronista encarnada por los Montoneros y la Juventud Peronista fue liquidada, la ultraderecha parapolicial liderada por López Rega se autodisolvió y los miembros de la “burguesía nacional” asociados a José Ber Gelbard, el primer ministro de Economía en marzo de 1973, cerraron fábricas y liquidaron sus compañías o mutaron en otro tipo de empresariado”. Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*. Buenos Aires Ariel, 2006, 85.

¹⁹ El 20 de junio de 1973, dentro de la concentración que esperaba en Ezeiza el retorno definitivo de Perón, grupos de la derecha peronista comenzaron a disparar contra militantes de la izquierda del movimiento, dejando como saldo varios muertos y centenares de heridos.

²⁰ Se conoce como *Rodrigazo* al paquete de medidas económicas lanzado por el ministro Celestino Rodrigo, que supuso, entre otras cosas, una fortísima subida de los precios. Las impactantes medidas

generaron un fuerte movimiento de protesta que consiguió desplazar a Rodrigo y a su principal valedor, López Rega.

²¹ Feinmann, Juan Pablo, “¿Adónde va el peronismo?”. *Unidos*, 4 (diciembre 1984), 20. Señalaba Mario Wainfeld en el mismo medio: “Reconozcamos que el peronismo abarcó siempre prácticas y proyectos variados; hasta antagónicos [...]. Al propio Perón le costaba mucho encauzar el movimiento [...]. Muerto el líder, la diversidad devino inmanejable. No generó síntesis, sino caos”. Wainfeld, Mario, “Hace diez años sabíamos soñar”. *Unidos*, 4 (diciembre 1984), 6-7.

²² Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo...*, op.cit., 96.

²³ Meses más tarde de la derrota electoral, Feinmann lanzaba esta autocrítica: “No podemos seguir autodisculpándonos. Hay muchas cosas de las cuales somos responsables, y tenemos la obligación de analizarlas. Aterrorizamos a la juventud, aterrorizamos al país [...]. No podemos reprocharle a la juventud que se haya apartado de un partido que no hizo su autocrítica, que no habló de Ezeiza, un partido que cuenta entre sus fieles a Ottalagano [ex rector de la UBA], que se dio el lujo de levantar la mano (al mejor estilo fascista) y de afirmar “yo soy peronista”. Feinmann, Juan Pablo, “¿Adónde va...?”, op.cit., 27.

²⁴ Hugo Chumbita describió así el nacimiento de la Renovación: “Esta corriente surgió en 1984 en rebeldía espontánea frente a la manipulación del Congreso del Odeón, contra “los mariscales de la derrota” que permanecieron inmutables en sus sillones. Contestando al verticalismo burocrático, se reivindicaron procedimientos elementales para la reorganización del partido: elecciones internas, legalidad estatutaria, voto directo de los afiliados”. Chumbita, Hugo, “La renovación como proyecto nacional”. *Unidos*, 14 (abril 1987), 98.

²⁵ Escher, Federico, “La imposibilidad...”, op.cit.

²⁶ Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo...*, op.cit., 111.

²⁷ “Hacia 1987, en un contexto dominado por la inflación, -al que se le sumó el levantamiento militar de Semana Santa y la imagen de haber cedido frente a los subordinados, y se agregó la derrota electoral del radicalismo en las elecciones de diputados- el gobierno comenzó a variar sus objetivos de constituirse en el “Tercer Movimiento Histórico” por una prioridad más simple: gobernar controlando la inflación y el desafío carapintada hasta la elección de 1989”. Gaggero, Horacio; Iriarte, Alicia y Roitberg, Humberto, *Argentina...*, op. cit., 63.